

VIERNES SANTO

-EN LA CRUZ ESTÁ LA VIDA-



VIERNES
SANTO
NADA SE IGUALA A SU AMOR

¡Muy buenos días! Antes de comenzar, recuerda: no leas rápido. No tengas miedo de dedicarle tiempo a cada pregunta ni a detenerte 15 o 20 minutos en cada página. Subraya, piensa...

1. CON LOS OJOS PUESTOS EN LA REALIDAD

Hoy también queremos partir de la realidad, pues nos ayuda a hacer vida nuestra reflexión y a situarla en el contexto real que nos rodea. Sin embargo, cuando decimos realidad, pensamos rápidamente en todo lo que está fuera de nosotros... Por eso te vamos a pedir algo más, que la realidad por un día seas tú mismo, tu realidad, tu propia realidad, tu biografía. Quizá ya hayas reflexionado mucho sobre tu propia historia, pero no te preocupes, hoy sólo nos vamos a apoyar en ella para comenzar la reflexión ¿Estás dispuesto? ¡Animo! Puede ser un gran momento si lo aprovechas al máximo.

Recuerda los momentos de tu vida en los que has tocado fondo. Recuerda a las personas que te han hecho daño. Aquellos momentos en los que has sufrido, en los que te has sentido crucificado o muerto o sin ganas para caminar. Aquellos momentos donde todo te parecía oscuro. Si crees que no los has tenido, piensa... los encontrarás. Te ayudará escribirlos:

Mil veces te lo habrán dicho: nuestra vida es el mayor tesoro que tenemos, nadie nos ha pedido permiso para vivir, se nos ha regalado la vida. Sin embargo, pocas veces la vivimos como tal. Es un tesoro a menudo cegado por el dolor y las heridas o por una falsa alegría. Son muchas las personas que caminan por el mundo escondiendo sus heridas, pero no se ocupan de curarlas y de ofrecerlas. Eso es un problema. Si no se curan, permanecen latentes toda nuestra vida. Ofrécele al Señor crucificado tus propias cruces y tus heridas en esta mañana. Él te ayudará a curarlas.

2. GENTE DEL VIERNES SANTO

Imagínate a aquella gente que vio a Jesús de cerca... que pudo tocarlo, abrazarlo. Imagina ahora lo que pensaba aquella misma gente que había estado con él cuando lo vio por las calles de Jerusalén arrastrando un madero tan pesado... juzgado como un criminal por haber anunciado el Reino del Amor.

Según el Nuevo Testamento hubo un hombre "privilegiado" aquel Viernes. Una biografía que puede iluminar la tuya. Un hombre que pudo estar muy cerca de Jesús y que debió pensar algo así:

Yo, Simón de Cirene, venía del campo y me obligaron a cargar con la cruz de aquel hombre. Así me vi como si fuera yo el condenado a muerte, con la mirada en el suelo, avergonzado, sintiendo la burla de la gente.

El madero tropezó en una curva del camino y eso me hizo levantar los ojos. Me encontré con los ojos de ese hombre y sentí que me decía aun en aquella situación: "Sígueme". Como si con aquella sola palabra me dijera al mismo tiempo: "Sígueme con la cruz. Ahora no lo entiendes, pero esta cruz es vida para ti y para todos". Y yo le seguí más pendiente de los trapiés que del peso del madero. Ya no escuchaba los comentarios de la gente. La cruz parecía mía y no me pesaba tanto. Me parecía que yo era él y que él era yo.

Un nuevo sentimiento brotó en mí siguiendo a aquél desconocido. Ahora, cuando veo a alguien caído bajo el peso de su vida, sufriendo hambre y sed, padeciendo enfermedad, sometido a la injusticia, no espero la voz... tomo su cruz y le ayudo a llevarla como si fuera mía.

Así es la gente del Viernes Santo, gente que sufre sus propias desgracias y heridas ¡Quién no! Pero que, a pesar de todo, están dispuestos a entregar sus fuerzas llevando el peso de las desgracias y las heridas de otros ¡Como si las de uno no fuesen suficientes!

La gente del Viernes Santo se conmueve al ver a quien no puede comer como él o se conmueve al sentir que no está haciendo todo lo que puede. La gente del Viernes Santo llora y se compadece; es gente que se entrega por completo o que, al menos, trata de entregarse a cada uno de los que sufren a su lado. Es gente que clava sus pies y sus manos en la cruz junto al Señor y entrega su vida hasta el extremo.

- ¿Te sientes identificado con este tipo de gente? ¿Te falta algo para ser gente del Viernes Santo?

- En nuestro mundo también hay crucificados. No tienes que irte muy lejos. En tu calle, en tu trabajo o en tu clase también hay crucificados. Hay crucificados por la burla, por el juicio o por la falta de amor de otros... También los hay por la violencia, la injusticia o el hambre. También hay crucificados por tus acciones o tus desplantes. ¿Qué puedes hacer por todos ellos? ¿Cómo puedes aliviar el peso de sus cruces?

3. UN LUGAR PARA EL VIERNES SANTO -EL GÓLGOTA-

DEL EVANGELIO DE MARCOS

Pasaba por allí un tal Simón de Cirene, que venía del campo, padre de Alejandro y de Rufo, y le obligaron a llevar la cruz de Jesús. Lo llevaron a un lugar llamado **Gólgota** (que significa "la calavera"). Le dieron vino mezclado con mirra, pero no lo bebió. Lo **crucificaron** y se repartieron a suertes sus vestidos, a ver qué se llevaría cada uno. Eran las nueve de la mañana cuando lo crucificaron. La inscripción con la causa de su condena decía: "Dice ser el rey de los judíos". (Mc 15, 21-26)

El Gólgota es un lugar cargado de densidad porque ese monte sostuvo la cruz y en la cruz está la vida. La cruz, de hecho, es el centro de la Historia para los cristianos. Es nuestro signo. Hay lugares en el mundo, todavía hoy, donde llevar una cruz colgada al pecho te puede costar la vida. Esto es algo fuerte...

No solemos paramos a pensar la maravillosa herencia que hemos recibido por la fe en Jesús. Nos cegamos en perder el tiempo criticando a otros, queriendo ser el centro de los grupos, lamentándonos constantemente o, viviendo de manera infantil. Esto muestra que no hemos abierto los ojos para ver nítidamente el proyecto que hemos aceptado. El proyecto de la cruz. ¡Es el proyecto más maravilloso del mundo! Pero también el más difícil del mundo. Sí, ser cristiano no es fácil. Es un reto verdaderamente difícil.

Sólo el que se descubre enamorado de Jesús de Nazaret, comprende que en el Gólgota ocurrió algo espeluznante pero apasionante al mismo tiempo. Aquel día la historia deja de ser la misma... porque Jesús clavó sus manos y sus pies por todos nosotros. El Gólgota esconde un misterio tan maravilloso que no puede menos que emocionarnos. En aquel monte Jesús se hizo "gente del Viernes Santo" cargando con la cruz de todo el mundo, aceptando nuestro peso sin pedir nada a cambio, sólo pedía que le amásemos. Allí mismo, en el madero, crucificado, nos enseñó a perdonar hasta el extremo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen".

¡Qué decir! Todo esto suena a cuento para los que viven al margen de Jesús y de la Iglesia, pero para nosotros, que nos llamamos cristianos, este día y este lugar, son la base de nuestra fe.

Pregúntate: ¿Qué te dice a el misterio de la cruz? ¿Te provoca de alguna manera?

Ve donde puedas ver una cruz y mírala unos minutos en silencio. Imagínate en aquel lugar de llanto y de muerte, debajo de la cruz, junto a la vida entregada del Señor. ¿Qué le dirías a Jesús en ese exacto momento de la cruz en el Gólgota?

4. EL SENTIMIENTO DEL VIERNES SANTO – LA ENTREGA-

En la cruz encontramos el secreto de la entrega. Ni Dios Padre, ni Jesús, quisieron el sufrimiento y la muerte violenta por sí mismas porque son realidades contrarias a Dios. Como tampoco ha querido esta pandemia...

Los no creyentes se preguntan en contextos como este, “si vuestro Dios es un Dios bueno ¿Por qué permite el sufrimiento y la muerte?”. ¡Un Dios crucificado que permite el sufrimiento! Hay que decir de antemano y con profunda convicción, que los cristianos no creemos en ese dios.

El valor del dolor, de la pasión y de la muerte de Cristo sólo se puede comprender en el significado que recibe desde el amor profundo de Dios. No se puede entender de otra manera. Sabemos que es difícil de asimilar, pero así fue. Dios quiso amarnos con locura y salvar al hombre que se había perdido optando por el mal. Quizá nos quede más claro si vamos a la Escritura. Allí se nos dice que "Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único" (Jn 3,16). Es decir, que la causa de la muerte de Jesús es el amor de Dios al mundo. Para salvar al mundo, muere Cristo. Para salvarte a ti, muere Cristo.

Jesús, como Dios y como cualquier otro hombre, no quería la muerte, pero acepta el plan de su padre sólo desde un convencimiento fortísimo: **que la muerte no iba a tener la última palabra**. Por eso dice "No se haga mi voluntad sino la tuya", sabiendo que lo que quería el Padre era la vida y la salvación de todos. No hay forma más rotunda de expresar que se quiere a alguien que dando la vida por él o por ella.

La cruz, por tanto, no debe ser un motivo de angustia insuperable, sino de una esperanza absolutamente posible. La cruz debe ser una pregunta para ti, que te pide una respuesta: "Ama a Dios porque Él ya te ha expresado su amor en la cruz". Quizá por esta razón cuando llega el momento, los cristianos asumimos nuestra propia muerte con confianza y acogemos las cruces de cada día con toda la esperanza posible, porque creemos que la cruz y la muerte no tienen la última palabra.

Además, la entrega nos hace identificarnos como cristianos, como gente del Viernes Santo desde el consuelo, y no de "tontos", sino de creyentes, de creer que detrás de la cruz y el sufrimiento espera impaciente la vida. Sin embargo... hay que morir primero. Sólo después viene la vida. Recuerda, Jesús nos dijo: “sólo si el grano de trigo cae en tierra y muere, entonces da mucho fruto”.

- Detente un rato en responder a esta difícil pregunta: ¿A qué actitudes, sentimientos, actos, pensamientos o palabras debo morir hoy, Señor, para dar más fruto?

5. MI VIERNES SANTO

Ahora tómate tu tiempo, llénate del aire que te rodea. Recuerda las palabras que durante la mañana han resonado con fuerza dentro de ti. Y piensa si quedó algo que no comprendes de este Viernes Santo. Puede ser un buen momento para guardar silencio interior y hablar con Jesús y preguntarle a Él todo lo que no comprendes...

¿Qué aporta, entonces, el Viernes Santo a tu propia vida? Escribe el resumen de lo que hayas meditado esta mañana: tus heridas, tus sueños, tus valores, tus miedos... ¡Feliz tú, gente del Viernes Santo!

(Cuando termines, termina tu mañana orando en solitario con las palabras de san Alfonso).

¡Jesús mío!

Fue tu amor por la humanidad

lo que clavó tus manos y pies en la cruz.

Y ese dolor de tus manos,

nos liberó de los pecados de nuestras manos.

y el dolor de tus pies,

Nos redimió de los pasos que dimos para ofenderte.

¡Amor crucificado!

Haz que me bendigan tus manos traspasadas

y clava mi ingrato corazón a tus pies

para que nunca se aparte de ti, ni rechace tu voluntad.

Haz que nada me mueva excepto tu amor y el deseo de agradarte.

Aunque te veo clavado en esa cruz, yo te reconozco Señor del mundo,

Hijo verdadero de Dios y Salvador de los hombres.

Te amo, amor mío crucificado, te amo con todo el corazón.

(SAN ALFONSO M^a)